

Rendir Culto en una “tradición continua e intacta”

En 1969, cuando la Sagrada Congregación para los Ritos introdujo un nuevo *Misal Romano*, ella explicó que este libro nuevo servía de testigo de “la tradición continua e intacta de la Iglesia” del culto eucarístico, “sin tener en cuenta la introducción de ciertos aspectos nuevos” (ver Instrucción General del Misal Romano [2002]1). Al comentar sobre el trabajo que se hizo en preparar el libro nuevo, el Papa Pablo VI observó: “Nadie debe pensar que esta revisión del Misal Romano ha aparecido de la nada.” “Al contrario” dice, “fue formado del trabajo de cuatro siglos de estudios litúrgicos que incluyeron no solamente las liturgias de la tradición apostólica y de la Iglesia Latina (Romana) sino también de los estudios sobre el culto en las Iglesias Orientales. La revisión del rito de la Misa y de los textos también salió de la renovación litúrgica comenzado por el Papa Pío XII y según el deseo del Segundo Concilio Vaticano por una liturgia que provea una fuente más rica para la catequesis y el testimonio en el mundo” (Pablo VI Constitución Apostólica *Missale Romanum* [3 abril 1969]).

Mientras preparamos para una traducción nueva del misal revisado después del Concilio y aprobado por el Papa Pablo VI y reafirmado por los papas subsiguientes, tenemos que comprender cómo lo que cantamos y hacemos en la Misa arraiga en una historia rica y compleja, llena de ejemplos de cómo las comunidades orantes respondieron a los cambios en la cultura y en la Iglesia y cómo ciertas iglesias prestaron cosas buenas de los ritos de otras iglesias para enriquecer la celebración de la Misa. Nuestra comprensión de nuestra historia también nos muestra cómo corregir algunos malentendidos pasados y “adelantar propuestas y medidas de sentido pastoral que no podían haber sido previstos” en siglos anteriores. (*Instrucción General*, 10).

¿Por qué necesitamos tal comprensión de lo que cantamos y hacemos? Debido a quienes somos: la comunidad de los bautizados—la Iglesia—que revela la presencia de Cristo cuando nos congregamos para rezar y cantar en un acto “donde Dios es glorificado perfectamente y [el pueblo] es santificado” (*Sacrosanctum Concilium* [SC], 7). En la Eucaristía, tenemos que entender que todos los fieles “ofrecen la Víctima Inmaculada, no solamente por las manos del sacerdote, sino también con él, [y] ellos deben aprender también a ofrecerse a sí mismos por Cristo el Mediador” (SC, 48). Si vamos a hacer nuestra parte, tenemos que acercarnos a la liturgia “con disposición apropiada,” con nuestras mentes “sintonizadas” con nuestras voces, y

debemos ser preparados para “cooperar con la gracia divina para que no lo recibamos en vano” (SC, 11).

Así es que tenemos que saber cómo los Ritos preliminares nos ofrece un umbral de ritual hacia la plena celebración de la Misa que nos arranca de nuestros varios intereses para convertirnos en el Cuerpo de Cristo, listos para recibir la Palabra Viva de Dios como testamento, desafío y revelación, y luego para unirnos en ofrecer el Sacrificio perfecto de Cristo para que podamos convertirnos en la transformación del mundo a través del poder del Espíritu Santo.

Tenemos que usar las palabras, las acciones y el canto de la Liturgia de la Palabra para ser nutridos espiritualmente en la creencia de Israel y de la Iglesia primitiva como una realidad viviente, a la cual respondemos con fe y oración, que nos atrae a la misma labor de Cristo, continuando su acto redentor y anunciando el amor del Padre en el poder del Espíritu.

Tenemos que prepararnos, mientras preparamos nuestras ofrendas, para participar en la Eucaristía, dejando que las acciones, las palabras y las canciones dirijan nuestra atención al altar, haciendo la transición hacia una comprensión más profunda de lo que significa ser el Cuerpo de Cristo y de lo que significa cumplir el mandato del Señor de hacer esta acción en su memoria.

En la Plegaria Eucarística, al unirnos al mismo sacrificio de Cristo por unirnos en el canto y el espíritu con la acción y las palabras de la oración, damos alabanza y ofrecemos gracias, recordando las grandezas de Dios y el sacrificio de Cristo, y rezamos para el poder transformativo del Espíritu que unirá nuestras vidas cotidianas a Cristo para que, nutridos por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, iremos por el mundo entregándonos así como hizo Jesús.

En los ritos de la Comunión, preparamos los elementos consagrados para ser compartidos entre todos los creyentes, y nos preparamos a nosotros mismos para recibir la presencia divina. Pero afirmamos también que la Comunión Eucarística es más que un compartir de este momento en el sacramento: es una invitación al banquete celestial, donde no se necesita más señales sacramentales porque compartiremos en la plena unión con Dios en Cristo por el poder del Espíritu.

Pero mientras tanto, hay mucho que hacer, así es que la Misa termina con una despedida que nos manda, colmados de la bendición de Dios, para ser la presencia transformativa de Cristo en el mundo, haciendo obras buenas mientras alabando y bendiciendo a Dios. Y por eso cantamos: “¡Demos gracias a Dios!”